

## XXI

### LOS HÉROES

De repente el tambor dió la señal de ataque.

La embestida fué el huracán. La víspera, en medio de la obscuridad, los sitiadores se habían aproximado á la barricada silenciosamente, como una boa. Ahora, á la luz del día, en aquella ancha calle, la sorpresa era de todo punto imposible; además, la viva fuerza estaba desenmascarada, el cañón había empezado á rugir y el ejército se precipitó sobre el reducto. Al presente la furia era habilidad. Una poderosa columna de infantería de línea, cortada á intervalos iguales por guardia nacional y municipal de á pie y apoyada en masas profundas, á las que se oía sin verlas, desembocó en la calle al paso de carga, tocando tambores y clarines, con las bayonetas caladas y los zapadores á la cabeza, é imperturbable bajo los proyectiles, cayó sobre la barricada con el peso de una viga de bronce sobre un muro.

El muro se mantuvo firme.

Los insurrectos hicieron fuego impetuosamente y el reducto escalado ostentó una cabellera de relámpagos. El asalto fué tan furibundo, que por un momento se vió la barricada llena de sitiadores; pero

sacudió de sí á los soldados, como el león los perros, y no se cubrió de combatientes sino como el arrecife de espuma, para reaparecer luego escarpada, negra y formidable.

La columna, teniendo que replegarse, permaneció formada en la calle, al descubierto, pero terrible, y respondió al reducto con una espantosa descarga de fusilería. Todo el que ha visto fuegos artificiales recordará la manga de cohetes voladores que se denomina canastillo. Representese el lector ese canastillo ó ramillete, no vertical, sino horizontal, con una bala de fusil ó de cañón en la punta de cada tallo de fuego, y lanzando la muerte al deshacerse sus racimos de rayos. La barricada estaba debajo.

De ambas partes había igual resolución. El valor era casi bárbaro, complicándose con una especie de ferocidad heroica, que empezaba por el sacrificio de sí mismo. Era la época en que un guardia nacional combatía con un zuavo. La tropa quería acabar pronto; la insurrección quería luchar. La aceptación de la agonía en toda la fuerza de la juventud y de la salud, convierte la intrepidez en frenesí. Cada cual allí tenía su engrandecimiento de la hora suprema. La calle se cubrió de cadáveres.

En uno de los extremos de la barricada estaba Enjolras y en el otro Mario. Enjolras, que llevaba toda la barricada dentro de su cabeza, se reservaba y se ponía al abrigo de las balas; tres soldados cayeron uno tras otro al pie de su almena sin haberle visto siquiera. Mario combatía al descubierto, constituyéndose en blanco de los fusiles enemigos, pues más de la mitad de su cuerpo sobresalía por cima del reducto. No hay mayor prodigio que un avaro que se entrega al despilfarro, ni hay nadie más terrible en la pelea que el hombre pensador. Mario aparecía formidable y meditabundo. Estaba en la

batalla como en un sueño. Diríase un fantasma disparando tiros.

Agotábanse los cartuchos, pero no los sarcasmos de los sitiados. En aquel remolino del sepulcro en que se encontraban se reían.

Courfeyrac estaba con la cabeza descubierta.

—¿Qué has hecho del sombrero?—le preguntó Bossuet.

Courfeyrac respondió:

—Han logrado quitármelo á cañonazos.

O bien decían cosas de orden más elevado.

—¡Cómo comprender,—gritaba con amargura Feuilly,—á esos hombres (y citaba los nombres, nombres conocidos y hasta célebres, algunos del antiguo ejército) que habían ofrecido unírseos, jurando ayudarnos; que se habían comprometido bajo su palabra; que son nuestros generales y que nos abandonan!

Combeferre se limitaba á contestar con una grave sonrisa:

—Hay personas que observan las reglas de honor como se hace con las estrellas, de muy lejos.

El interior de la barricada estaba tan lleno de cartuchos rotos, que parecía haber nevado.

Los sitiadores tenían la ventaja del número; los insurrectos la de la posición. De lo alto de una muralla hacían fuego á boca de jarro contra los soldados, quienes tropezaban con los muertos y heridos, enredándose en la escarpa.

Aquel reducto, construído como estaba y admirablemente apuntalado, era en verdad una de esas posiciones donde un puñado de hombres resisten á una legión. No obstante, la columna de ataque reclutada sin cesar y agrandándose bajo la lluvia de balas, se acercaba inexorablemente; y ahora el ejército, poco á poco, paso á paso, pero con seguridad,

estrechaba la barricada, como el husillo la prensa del lagar.

Sucedieron los asaltos. El horror iba en aumento.

Entonces empezó en aquel montón de adoquines, en aquella calle de la Chanvrerie, una lucha digna de la muralla de Troya.

Aquellos hombres macilentos, haraposos, cansados, que no habían comido hacía veinticuatro horas, que tampoco habían dormido, que sólo contaban con unos cuantos tiros más, que se tentaban los bolsillos vacíos de cartuchos, heridos casi todos, vendada la cabeza ó el brazo con un lienzo mohoso y negruzco, de cuyos calzones agujereados corría sangre, armados apenas de malos fusiles y de sables viejos mellados, se convirtieron en titanes. Diez veces fué atacado y escalado el reducto y ninguna se consiguió tomarlo.

Para formar idea de esta lucha, convendría figurarse el fuego prendido á un montón de valores terribles y que se contempla el incendio. No era un combate, sino el interior de un horno; las bocas respiraban llamas; los rostros tenían algo de extraordinario. La forma humana parecía allí imposible; los combatientes resplandecían y era monstruoso ver ir y venir, por entre el rojizo humo, aquellas salamandras de la pelea.

Renunciamos á pintar las escenas sucesivas y simultáneas de aquella grandiosa carnicería. Sólo la epopeya tiene derecho á llenar doce mil versos con una batalla.

Habriase dicho el infierno del brahmanismo, el más formidable de los diez y siete abismos, que Veda llama la Selva de las Espadas.

Se combatía cuerpo á cuerpo, palmo á palmo, á pistoletazos, á sablazos, á puñadas, de lejos, de cerca,

de arriba, de abajo, de todas partes, de los tejados de la casa, de las ventanas de la taberna, de los respiraderos de las bodegas, á donde se habían retirado algunos. Eran uno contra sesenta. La fachada de Corinto, á medio demoler, estaba horrible. La ventana, tatuada de metralla, había perdido vidrios y marcos y no era más que un enorme agujero, precipitadamente tapado con adoquines. Bossuet fué muerto, y lo mismo Feuilly, Joly y Courfeyrac. Combeferre, atravesado el pecho por tres bayonetazos en el momento en que levantaba un soldado herido, no tuvo más tiempo que para mirar al cielo y espiró.

Mario, combatiendo siempre, estaba tan acribillado de heridas, particularmente en la cabeza, que el rostro desaparecía en la sangre, y se hubiera dicho que lo llevaba cubierto con un pañuelo encarnado.

Enjolras era el único que se conservaba ileso. Cuando no tenía arma, extendía la mano á derecha é izquierda y un insurrecto le daba una cualquiera. No le quedaba sino un pedazo de cuatro espadas, una más que Francisco I en Marignan.

Homero dice: «Diomedes degüella á Axilo, hijo de Teutránide, que habitaba en la feliz Arisba; Euríalo, hijo de Nenisteo, extermina á Dresos y Ofelios, á Esopo y á Pedaso, el que la náyade Abarbarea concibió del irrepreensible Bucolionte; Ulises derriba á Pidites de Perosa; Antiloco á Ablers; Polipetes á Astialo; Polidamas á Otos de Cilene, y Teucro á Aretaonte. Megantios muere atravesado por la pica de Eurípiles. Agamemnón, rey de los héroes, arroja en tierra á Elatos, oriundo de la escarpada ciudad que baña el sonoro río Satnois.» En nuestros antiguos poemas, Esplandián ataca con un hacha de fuego al gigante marqués de Swantibore, el cual se defiende apedreando al caballo con

las torres que encuentra á mano. Nuestros antiguos frescos murales nos muestran á los dos duques de Bretaña y de Borbón, armados, con sus escudos de guerra, á caballo y acercándose uno á otro, empuñada el hacha de combate, con máscara, botas y manoplas de hierro, el uno caparazonado de armiño y el otro de azul; Bretaña, con el león entre los dos cuernos de la Corona, y Borbón, con un casco de visera que figuraba una monstruosa flor de lis.

Mas, para estar arrogante, no se necesita llevar, como Ivón, el morrión ducal, ni tener en la mano, como Esplandián, una llama viva, ni haber traído de Epiro, como Files, padre de Polidamas, una buena armadura, regalo del rey de los hombres, Eufetes; basta dar la vida por una convicción ó por una lealtad. ¿Veis ese soldado sencillo, ayer aldeano de Beauce ó del Limosín, que ronda, con el machete al costado, al rededor de las niñeras en el Luxemburgo? ¿Veis ese estudiante pálido, inclinado sobre un estuche de anatomía ó sobre un libro, rubio adolescente que se corta las barbas con tijeras? Tomad á ambos; inspiradles el soplo del deber; ponedlos cara á cara en la encrucijada de Boucherat ó en la callejuela sin salida de Planche-Mibray; que el uno combata por su bandera y el otro por su ideal; que imaginen los dos que combaten por la patria; la lucha será colosal y la sombra que harán en el gran campo épico donde lucha la humanidad, ese currutaco y ese estudiantillo igualarán á la sombra que proyecta Megarionte, rey de la Licia, llena de tigres, luchando cuerpo á cuerpo con el inmenso Ajax, rival de los dioses.